

**EL COMPLEJO DE JUSTINE
(UNA APROXIMACIÓN GRUPAL A LA MUJER MALTRATADA)**

Luis M. Estalayo Martín.
Psicólogo Clínico
e-mail: lmestalayo@hotmail.com

RESUMEN:

Este artículo analiza el discurso de un grupo de mujeres maltratadas desde una óptica psicoanalítica. Se defiende la hipótesis del masoquismo moral como eje prioritario de análisis en algunos casos. Se argumenta la necesidad de trabajar terapéuticamente en estos casos para evitar que se repitan vínculos maltratantes. Se defiende la eficacia del abordaje grupal para estos casos.

PALABRAS CLAVE:

Mujer maltratada, masoquismo, tratamiento grupal.

1. Introducción.

El llamado “maltrato de género” es un tema de lamentable actualidad. Casi a diario los medios de comunicación actualizan estadísticas necrológicas de mujeres que han sufrido maltrato hasta sus últimas e irreparables consecuencias.

Esta realidad obliga a numerosas Instituciones y profesionales a abordar el tema con la mayor rigurosidad posible, con el objetivo de prevenir tanto sufrimiento. Este objetivo global implica tanto al ámbito “político” (incluyendo a magistrados y policías) como al asistencial (incluyendo a todos los profesionales de la intervención biopsicosocial) y al educativo (incluyendo a todos los profesionales que pueden transmitir valores de igualdad incompatibles con el abuso).

En este contexto, los Servicios Sociales constituyen un espacio privilegiado tanto para la detección de situaciones de maltrato como para la intervención sobre las mismas. Alguna de estas intervenciones puede implicar a los CAIs municipales (Centros de Atención a la Infancia, incluidos como dispositivos especializados de la red de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Madrid para la atención psicosocial a menores en situación de desprotección y a sus familias) cuando existen menores incluidos en la situación de violencia que exhiben sus padres.

En estas situaciones es imprescindible trabajar con los menores para analizar y paliar los efectos que el maltrato sufrido por sus madres esté implicando en su crecimiento; pero también es necesario trabajar con sus madres para prevenir que se reproduzcan escenas de violencia que serán determinantes en los procesos identificatorios de sus hijos.

La reflexión que planteamos en el presente artículo parte de la experiencia realizada en un CAI de un grupo terapéutico con mujeres maltratadas. El discurso de este grupo es analizado desde una óptica psicoanalítica, y obliga a considerar la hipótesis del masoquismo para darle algún sentido. Quede claro, y dicho sea de antemano, que esta hipótesis no asume ninguna connotación ideológica. Muy al contrario, pensamos que quien maltrata debe asumir las consecuencias legales y penales que se deriven de su conducta; y que no debe responsabilizarse nunca a la mujer maltratada de su sufrimiento. Pero si

queremos entender los dinamismos intrapsíquicos que atan a algunas mujeres al sufrimiento, evitando que el maltrato se repita incluso hasta la muerte, debemos emplear los términos con el máximo rigor científico de cara a una práctica eficaz.

El artículo se estructura en dos partes diferenciadas: en la primera se describe el discurso del grupo; en la segunda se analiza dicho discurso desde un punto de vista psicoanalítico.

2. La palabra de Justine en el Grupo.

Llamamos Justine, en clara alusión a Sade, a una mujer imaginaria que pudiera condensar el discurso de las mujeres maltratadas que hemos podido escuchar. Y antes de intentar analizar dicho discurso, pretendemos transmitirlo en su literalidad, destacando los pilares que lo sostienen.

2.1. Presentación ambivalente del objeto.

Justine se presenta inicialmente como maltratada generando en quien la escucha intensos sentimientos de pena y compasión. Pero antes de que tales sentimientos hayan tenido tiempo de reposar, Justine habla con amor de la persona que ejecutaba el maltrato, creando de esta manera sentimientos contradictorios y confusos en el receptor del mensaje.

El sujeto maltratante se presenta con numerosas y variadas “caras” que configuran una serie definida de estrategias de persuasión coercitiva que pueden perpetuar el control sobre la víctima, quien se verá sumida en un estado de confusión, distorsión y paralización, tal y como han descrito Escudero Nafs, y col. (2005)

Numerosas y variadas caras que van creando en el discurso grupal cierta homogeneidad sobre lo que sería un “perfil” prototípico del sujeto maltratante; aquello que en buena medida pudiera unir imaginariamente a sus parejas:

- Son personas muy vinculadas a sus familias de origen, y específicamente a sus madres.

- Suelen presentarse como dioses seguros de sí mismos, y con pretensiones de controlar todo. En esta línea, pueden tener dificultades para asumir la autoridad de instituciones y profesionales, comportándose como si ellos fueran la única Ley reconocible. No toleran que se les contradiga.

- Son muy celosos, pudiendo transmitir la impresión de estar totalmente enamorados, e incluso llegando a convencer de que su conducta se basa y justifica por amor.

- Pueden manifestarse como desenvueltos, inteligentes y agradables en el ámbito socio-laboral.

- También en el ámbito doméstico pueden exhibir esta cara amable aunque sin previo aviso surja una gran hostilidad en un ciclo arbitrario y enloquecedor.

En opinión del grupo, este tipo de hombre confunde y dificulta tomar la decisión de separarse de él. Confunde porque genera sentimientos contradictorios: rabia, amor, temor, admiración, etc. Dificulta la separación porque siempre se espera que cambie manteniendo sus aspectos amables y abandonando su crueldad.

En este sentido, para la subjetividad de Justine el sujeto maltratante es un pobre enfermo que necesita ayuda, que genera pena; un enfermo que debiera ser cuidado según el ejemplo del buen samaritano: “aunque sufras, muchas veces aguantas por pena, por ver su mirada triste”.

Pero al mismo tiempo, es un sujeto que se presenta más como poderoso que como enfermo; sujeto capaz de encontrar siempre las faltas por más que ellas se esmeren en organizar todo según sus designios; poder divinizado ante el que sólo podría responderse con un “amén” respetuoso.

2.2. Presentación desesperada de sí misma.

Que el sujeto maltratante genere ambivalencia no evita que Justine se presente de manera trágica; y lo hace desde la culpa, la soledad, la ceguera, la dependencia y la inutilidad. Veamos cada aspecto de manera separada. Justine se siente culpable por no haber podido ayudar más a ese ser miserable necesitado de apoyo y consuelo; culpable de no haber hecho todo lo suficiente

para evitar la violencia de ese otro tan amante; culpable por no haber llevado el mandato divino de indivisibilidad matrimonial hasta sus últimas consecuencias. Se siente aislada y sola porque el otro exigía exclusividad plena y ella ha ido rompiendo numerosos vínculos familiares y sociales, sacrificándose ante ese otro permanentemente insatisfecho y celoso.

El otro, como Dios tirano, demandaba dedicación absoluta, disponibilidad total. Entre ellos no tendría cabida ni hijos ni otros familiares puesto que significaría una separación intolerable para su psiquismo. (“Los trapos sucios se lavan en casa” “Contigo no necesito a nadie más”).

Se siente ciega por no haber visto los signos precoces de maltrato que el otro enviaba; ciega de amor, enferma de mirada que recuerda que mirar a los dioses ciega. Se siente aún dependiente del otro, al manifestar, aunque cueste reconocerlo y verbalizarlo, que su deseo más genuino es que el otro la mire, que la otorgue el privilegio de ser objeto de amor.

Porque su vida no es nada si no existe en la mirada del otro, porque incluso desea la muerte si presiente la soledad. Como si radicalmente necesitara de ese otro para existir.

Se siente inútil por todo ello y por no haber podido mantener los ideales familiares ni haber estado a la altura de su amado: “Me casé con Dios, y Dios es así, toda la culpa es tuya por no estar a la altura”. Inútil y fracasada por no haber cumplido el mandato divino de “para toda la vida”, en que sigue creyendo a pesar de los pesares. Inútil también porque siente que vale según el valor que la den, y el otro significativo se ha encargado de repetirla hasta la saciedad que su valor es cero, que es una piltrafa humana, y que el fracaso la acompañará mientras viva. La masiva identificación con este discurso permitirá a Justine hablar de sí misma, con frecuencia, como enferma incapaz de hacer nada útil o satisfactorio.

2.3. Imágenes del pasado.

En ocasiones Justine habla del pasado para acercarnos a representaciones de un padre distante y autoritario, arbitrario, que generaba sentimientos intensos de miedo y amor: “... con mi padre no sabías por dónde podría salir, era según se levantara...” Justine recuerda cómo constantemente deseaba la aprobación

del padre, y como su búsqueda concluía en un vacío que no hacía otra cosa que incrementar la falta. En esa relación se aprende a buscar el sentido en el otro, porque “el padre es como Dios para los hijos”, y “los hijos hacen lo que sea por recibir el reconocimiento del padre”.

Cuando ese reconocimiento no llega existe el riesgo de no cesar en la búsqueda hasta que cualquier otro viene a ocupar ese lugar soñado: “Y luego coges al primero que te dice que te quiere, porque eso te faltaba siempre”.

Estas imágenes del pasado coinciden con el análisis cuantitativo realizado por Polo Usaola, C. y cols. (2006) en el que el único factor que surge como variable predictora de que la mujer sufra maltrato y se autoinculpe de ello es el haber sufrido maltrato infantil por su padre.

2.4. Repetición del discurso.

Justine sufre porque en ocasiones toma conciencia de su dificultad para cambiar sus sentimientos aunque éstos produzcan dolor. Siente que ha sido “adiestrada” para repetir conductas de sometimiento, y manifiesta tristeza al reconocer que no puede evitarlo.

Así no puede dejar de pensar en la posible recuperación de su relación con quien la maltrató: “si él se curara...”, “yo me casé para toda la vida”. No puede cesar en su deseo de lograr una familia nuclear, un hogar ideal con su papá y su mamá, que la permita huir de la identidad de culpable que la otorga el no haberlo conseguido y acercarse a la identidad de “perfecta casada” de Fray Luis de León.

Justine no escucha ni se escucha; repite su discurso impermeable a la palabra que pretenda cuestionar su postura.

Podrá enunciar preguntas pero sin esperar respuestas que pudieran ampliar su reflexión. Preguntas que en sí mismas transmiten la tiranía simbólica que las envuelve: “¿en qué he fallado si lo daba todo?”, “¿podría haber hecho más?”, “¿será verdad que no valgo nada?”.

2.5. Los hijos como desplazamiento pulsional

Los hijos surgen con frecuencia en el discurso de Justine y lo hacen en una doble articulación: como objetos capaces de mantener una imagen materna idealizada y como sujetos capaces de dañar tal y como lo hacía su padre.

Desde la primera articulación Justine pregunta a sus hijos “¿qué quereis que hagamos?” dispuesta a plegarse al deseo del otro, convencida de que “es normal dar la piel por los hijos”, deseando verles felices, temiendo ver tristeza en su mirada; desea “volcarse en ellos” para evitar tensiones.

Es así que en el discurso grupal se valora la maternidad abnegada y el sacrificio como necesidad. Este discurso recuerda en buena medida ideales previos al movimiento feminista que se desarrolla hace más de cien años en nuestras sociedades. Es como si el grupo nos permitiera asomarnos a un tiempo congelado, como si pudiéramos observar fragmentos activos de un pasado que el discurso social actual postula como superado.

Esta posición idealizada de bondad absoluta encuentra una respuesta desconcertante para Justine puesto que los hijos critican severamente su actitud, exigen cambios, e incluso llegan a exhibir conductas de humillación y desprecio: “me hacen recordar lo mismo que hacía el padre”.

Esta articulación se repite en todas las vinculaciones que es capaz de establecer Justine, incluyendo el ámbito laboral y social en general, y generando un desconcierto que insiste como pregunta: “¿por qué si sólo deseo el bien recibo este trato?”

Justine también repetirá esta pauta de vinculación en el espacio terapéutico grupal, y desde ahí quizá pueda ir pensando en su participación activa en los efectos maltratantes que tanto la sorprenden. Este es el núcleo de la exposición que estamos realizando.

3. Sobre el masoquismo en psicoanálisis.

La bibliografía sobre masoquismo es amplia en psicoanálisis. Remarquemos tan solo algunos textos fundamentales a nuestro análisis.

Ya Freud cuando introduce el narcisismo en 1914 inaugura una de las aproximaciones teóricas más fructíferas para comprender esta estructura. Freud describe que en la elección de objeto de tipo narcisista se ama lo que uno es, lo que uno fue, lo que no quisiera ser, o bien a la persona que fue parte de uno mismo. Amor narcisista que permite mantener un “yo ideal” que poseería todas las perfecciones; amor a un objeto al que se atribuye toda la perfección que le falta al yo para llegar al ideal.

Privilegiando el eje del narcisismo Lola López Mondejar (2001), considera que la mujer maltratada niega su subjetividad para adaptarse a las demandas del otro, en tanto que la dependencia de un hombre maltratante sería más tolerable que el vacío interior fantaseado tras la separación. Separación vivida como mutilación, como vaciado, como pérdida intolerable de su narcisismo. La dependencia patológica del otro se vincularía con el sentimiento de ser necesaria e imprescindible para él: él y yo unidos por el amor, aunque sea doloroso...

Este amor vinculado al sufrimiento es perfectamente descrito por Nicole Loraux en su análisis sobre las maneras trágicas de matar a una mujer. Esta autora describe la vinculación entre thalamos, muerte y matrimonio que se da en la tragedia; de hecho, el lugar en que las mujeres se infligen la muerte no es otro que la cámara nupcial, el thalamos; el lugar del placer tolerado, de la procreación y de la muerte. Relación entre matrimonio y sacrificio que ejemplifican a la perfección Políxena, Meneceo e Ifigenia. El matrimonio no sería algo distinto a la doma que habría que realizar con la yegua indómita. La virgen degollada será esposa para Hades.

La necesaria relación existente entre amor y sacrificio también es defendida desde algunas ópticas vinculadas al cristianismo. Santa Teresa de Jesús en “Las Fundaciones”, describe un estado ideal de perfección que consistiría en que nuestra voluntad se plegara totalmente a la de Dios: “... que ninguna cosa entendamos que quiere que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad.”

El ideal del amor sería por tanto perder la identidad para plegarse a la voluntad del otro ideal, como un alma que anhela fusionarse con Dios.

En “Las Moradas” Santa Teresa argumenta con estremecedora claridad que si el sufrimiento es algo necesario a la grandeza de Dios, debe ser algo profundamente deseado: “...sufre de muy buena gana y sufriría toda su vida si Dios fuese dello servido, aunque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos”.

También San Juan de la Cruz describe con belleza en toda su poesía un deseado estado de perfección que sería la unión gozosa del alma con Dios, por el camino de la negación espiritual.

Pero no es solo el foco del narcisismo el que puede aproximarnos a la comprensión psicoanalítica del masoquismo. Freud, en su “Más allá del principio del placer” (1920) introduce el concepto de “compulsión a la repetición” que resulta clave en la temática analizada. Freud considera que la compulsión a la repetición hace vivir aspectos reprimidos del pasado, vinculados a la sexualidad infantil, produciendo disgustos al yo. No obstante, este displacer manifiesto no contradice el principio del placer, puesto que sería displacer para un sistema (Consciente) y al mismo tiempo satisfacción para otro (Inconsciente).

Priorizando este elemento de análisis, Francisco Orengo (2002) analiza razones de tipo social, psicodinámico y biológico que serían responsables de los mecanismo etiopatogénicos que actúan conformando la compulsión a la reexposición al maltrato.

Aunque quizá el texto más claro a este respecto lo aporte la Justine del Marqués de Sade cuando manifiesta que prefiere “morir mil veces que infringir los principios que me inculcaron en mi infancia...” Y, en efecto morirá más de mil veces, al repetir su texto virginal, ingenuo y candoroso, ante cualquiera que se presente, y que siempre terminará por ser su agresor.

En 1923, Freud introduce en “El Yo y el Ello” nuevos conceptos que son básicos a nuestra exposición. Analizando la reacción terapéutica negativa, descubre un sentimiento inconsciente de culpa que puede oponerse a la curación. El “Yo” angustiado ante su “Super-Yo” se sometería a su imperativo categórico. Esta angustia se vincularía con el temor a la castración que un día dictara el padre y luego se introyectó como ideal. Así pues, sometimiento a un ideal introyectado asociado al sentimiento de culpa.

Este análisis es ampliado por Freud en 1924 cuando de manera más explícita teoriza sobre “El problema económico del masoquismo”. En este artículo Freud distingue tres tipos de masoquismo en función del significado inconsciente que tenga para el sujeto: femenino, erógeno y moral.

En el masoquismo femenino el hombre se identifica con la mujer presuponiendo que serlo implica dolor en el goce. En el masoquismo erógeno el lugar del dolor es el cuerpo. En el masoquismo moral se trata de eliminar el displacer que genera la culpa; es el “yo” quien demanda ser castigado para sentirse no-culpable. El castigo provendría de un “Super-yo” que asume el poder, y la posibilidad de vigilar y castigar que se suponía en los padres.

Este fructífero elemento de análisis es uno de los que prioriza Dora Deprati (1998) cuando analiza el sometimiento masoquista en personajes patológicos partiendo de un caso clínico.

Desde una perspectiva de análisis diferente, J. Lacan (1963) en su clásico “Kant con Sade” vincula la problemática del masoquismo con el objeto “a” del fantasma. Perspectiva que podemos ampliar y clarificar en los textos de S. André (1995), C. Millot (1988), D. Poissonier (1999) y M. Recalcati (2003).

S. André (1995) describe que lo fundamental del universo perverso es que el otro goce; el otro tiene que ser completo aunque para ello él tenga que ceder su lugar de sujeto, para convertirse en objeto causante de ese goce pleno. Sería un autosacrificio de la subjetividad en provecho del otro.

C. Millot (1998) también alude al goce del autosacrificio a la omnipotencia del Otro, recuperando en la muerte como sujeto algo del goce perdido de la pasividad; goce del encuentro mítico con la Madre. En realidad se trataría de colmar a esa Madre, renegando la castración, aportando al goce lo que falta. Versión de la sumisión de la histérica a la voluntad del Otro para restaurar una figura omnipotente que podría dominar el deseo.

Algo de esta subjetividad histérica está perfectamente señalado en el texto de Quim Monzó, “La sumisión” (1994), donde ser objeto de amor es el núcleo de un deseo que causa que lo fundamental sea que el otro no pueda prescindir de ella, y no el trato que la dispense.

A este respecto cabe volver a la palabra original de Justine en Sade, cuando al hablar de su relación con el sádico homosexual conde de Bressac manifiesta

que "...el pérfido conde no me pareció nunca tan amable como cuando había reunido ante mí todos los elementos que deberían hacer que lo odiase".

D. Poissonnier (1999) también alude a la estructura perversa desde el concepto lacaniano de "objeto-a". El objeto "a" es el objeto de la pérdida inherente a la relación con el Otro, es la causa del deseo. Es lo que supone que exista un sujeto deseante que nunca pueda colmarse por la carencia estructural del ser humano. Así, para el sádico la víctima aparece como objeto "a", y el masoquista puede creerse objeto que completaría al Otro, en una suerte de encuentro místico en el que nada faltaría.

Sin embargo, dada la imposibilidad de recuperar ese objeto "a", de identificarse con ese yo-ideal, y hacerlo permanentemente presente para el Otro, el masoquista podrá sentirse culpable e incluso anhelar un castigo por todos sus fracasos en conseguir la imagen deseada.

Por su parte, M. Recalcati (2003) nos recuerda los conceptos de fijación pulsional y tendencia a la repetición para entender una clínica alejada de la clínica clásica de las neurosis. Y en este sentido nos parece necesario a nuestro objeto de estudio recordar la dimensión estructuralmente pregenital de la sexualidad humana, entendiendo la fijación como apego activo del sujeto a un goce fuera de la Ley, a una experiencia de placer imposible de olvidar. Y ello aunque sepamos que lo que una y otra vez se trata de reencontrar, en una incesante repetición, no existió en realidad. Se trataría por tanto de repetir un encuentro no logrado.

Sintetizando los ejes argumentales de los distintos autores señalados, creemos que es posible una aproximación psicoanalítica al maltrato partiendo de los siguientes elementos de análisis:

- Elección de objeto narcisista / Yo ideal
- Sexualidad infantil / Fijación / Compulsión a la repetición
- Sentimiento de culpa / Masoquismo moral
- Vinculación Yo-Superyo
- Objeto "a" / Goce

Por otro lado, creemos que estos elementos explican en buena medida los enigmas que el discurso de Justine causara en el grupo, y que fueron descritos en el apartado anterior.

4. A modo de conclusión: El grupo como posibilidad terapéutica.

La complejidad del fenómeno del llamado “maltrato de género” es tal que exige la intervención de numerosos profesionales e Instituciones, desde distintos ámbitos de intervención.

Centrándonos en la intervención psicosocial, es imprescindible profundizar en la interdisciplina y la coordinación necesarias en todos los contextos de atención. En este sentido, es oportuno reconocer la importancia de programas sociales y abordajes educativos para intentar evitar situaciones de maltrato. También podremos reconocer el interés que desde la psicología clínica pueden ofrecer programas de reestructuración cognitiva, fortalecimiento de la autoestima o aprendizaje de técnicas de relajación.

Pero si escuchamos a Justine creemos que es imprescindible incluir un trabajo con sus representaciones internas, con la pulsión, si pretendemos modificar su vinculación patológica. Obviar la pulsión en las intervenciones psicosociales que realizamos cuando trabajamos con el maltrato, es arriesgarnos a un encuentro brutal con sus efectos. Tengamos presente que en la mayoría de los casos son las propias víctimas quienes incumplen las leyes de órdenes de alejamiento.

La mujer maltratada sufre porque está atada a su historia, y la culpa la dificulta enormemente poder vincularse sin ubicarse como víctima. Para que pueda encontrar otras posibilidades de vincularse, será necesario que transite por el espejo y asuma su participación en las historias que describe.

El acercamiento a la pulsión y al deseo que proponemos puede realizarse en una psicoterapia grupal de manera eficaz. El grupo es un espacio privilegiado para que puedan actualizarse pautas de vinculación patológicas, y para que puedan emerger nuevas posibilidades más creativas y menos estereotipadas.

Máxime si dicha psicoterapia se realiza en un contexto institucional que obliga a optimizar recursos.

Referencias bibliográficas

- ANDRE, S. (1995): *La impostura perversa*, Barcelona, Paidós.
- DEPRATI, D. (1998): "Un caso clínico de sometimiento masoquista a personajes patológicos". *Rev. Clínica y Salud*, vol 9, nº 2, pp. 519-531, Madrid.
- EIGUER, A. (2004). Lugar de las terapias y especialmente de la terapia familiar psicoanalítica (TFP) en el dispositivo terapéutico de las perversiones. *Revista Intersubjetivo*. 2004, nº2, vo. 6, pp.213-228, Madrid.
- ESCUDERO NAFS, A. y COL. (2005): "La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género. I: Las estrategias de la violencia", *Rev. De la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. XXV, nº 95, pp. 85-117, Valladolid.
- FREUD, S. (1914) *Introducción al narcisismo*, O. C. t VI, Madrid Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1920): *Más allá del principio del placer*, O. C. t. VII. Madrid, Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1923): *El yo y el ello*, O.C. t VII, Madrid, Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1924): *El problema económico del masoquismo*, O. C. t. VII, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LACAN, J. (1963): "Kant con Sade", en *Escritos 2*, Madrid, Siglo XXI.
- LOPEZ MONDEJAR, L. (2001). "Una patología del vínculo amoroso: el maltrato a la mujer". *Rev. Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 2001, vol. XXI, nº 77, pp 7-26, Valladolid.
- LORAUX, N. (1989): *Maneras trágicas de matar a una mujer*. Madrid, Visor.
- MARQUES DE SADE (1988): *Justine*, Madrid, Fundamentos.
- MILLOT, C. (1988): "Goce letal, goce sacrificial", en *La histeria en el siglo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- MONZO, Q. (1994): *El porqué de las cosas*, Barcelona, Anagrama.
- MORON ARROYO, C. (1982) *Textos fundamentales Santa Teresa de Jesús*. Madrid, Taurus.
- ORENGO GARCIA, F. (2002): "Sobre la cuestión de la compulsión a la repetición en la psicoterapia grupal de mujeres afectadas por violencia doméstica o de género", *Rev. Psiquis*, 23 (5), pp. 178-184, Madrid.

POISSONNIER, D. (1999): *La pulsión de muerte. De Freud a Lacan*. Buenos Aires, Nueva Visión.

POLO USAOLA, C. y COL. (2006): "Autoinculpación en mujeres que sufren maltrato por parte de su pareja. Factores implicados", *Rev. Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. XXVI, nº 97, pp. 71-86, Valladolid.

RECALCATI, M. (2003): *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*. Madrid, Síntesis.

SAN JUAN DE LA CRUZ (1994): *Poesía Completa*, Barcelona: Edicomunicación.

SANTA TERESA (1985): *Las Moradas*, Madrid: Espasa Calpe.